

al hacer al hombre Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad mediante el proceso de la encarnación, el vivir humano, la crucifixión, la resurrección y la ascensión (Jn. 1:1, 14, 29; 3:14; 7:39; 12:24; 20:17, 22). Habrá un Emanuel corporativo que sea igual a Emanuel en vida, naturaleza, función, constitución, apariencia y expresión, mas no en la Deidad.

Dios se hizo hombre para redimir al hombre para Sí mismo y hacer que Su pueblo redimido sea Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de obtener una expresión universal y corporativa de Sí mismo por la eternidad

Dios se hizo hombre para redimir al hombre para Sí mismo y hacer que Su pueblo redimido sea Dios en vida y naturaleza, mas no en la Deidad, a fin de obtener una expresión universal y corporativa de Sí mismo por la eternidad (Ro. 8:3; 3:24; 1:3-4; 8:9-11, 29; 12:4-5; Ap. 1:5-6; 5:6, 10; 21:2, 10). Esta expresión corporativa es la casa que Él desea, la mezcla de la divinidad y la humanidad en la cual Dios es edificado en el hombre y el hombre es edificado en Dios. El cumplimiento final de Isaías 7:14 y 9:6-7 será el Cuerpo de Cristo, la novia y el reino milenar, cuya consumación será la Nueva Jerusalén en el cielo nuevo y la tierra nueva, en la cual toda la tierra podrá declarar: “¡Emanuel! ¡Dios con nosotros!”.—R. K.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

La gran luz (Mensaje 6)

Lectura bíblica: Is. 9:1-5; 42:6; 49:6; 50:10-11; 2:5

- I. En Génesis 1:3, la luz tipifica a Cristo, quien es la luz verdadera—Jn. 1:4-5, 9:
 - A. Cristo es la verdadera luz del universo; Él es el sol naciente que procede de lo alto, la estrella resplandeciente de la mañana, y el Sol de justicia—Lc. 1:78; Ap. 22:16b; Mal. 4:2.
 - B. La luz física, mencionada en Génesis 1:3, es un tipo de Cristo, quien es la luz espiritual en la nueva creación—2 Co. 4:6; 5:17:
 1. La luz es necesaria para que la vida sea generada; según un principio sumamente importante en la Biblia, la luz es para la vida, y donde hay luz, hay vida—Jn. 8:12; 1:9, 12.
 2. En Génesis la luz es para la vieja creación, mientras que en el Evangelio de Juan, la luz es para la nueva creación; la vieja creación fue producida mediante la luz física, mientras que la nueva creación llegó a existir por medio de Cristo, la luz espiritual—vs. 4-5, 9, 12; 8:12; 12:36; 2 Co. 4:6.
- II. La luz divina es la naturaleza de la expresión de Dios, brilla en la vida divina y es la fuente de la verdad divina—1 Jn. 1:5-6; Jn. 1:4; 8:12:
 - A. La luz es el resplandor de Dios, la expresión de Dios; cuando Dios es expresado, la naturaleza de dicha expresión es la luz—1 Jn. 1:5.
 - B. La luz divina resplandece en la vida divina, puesto que la luz y la vida son inseparables—Jn. 1:4; 8:12; Sal. 36:9.
 - C. La luz divina es la fuente de la verdad divina; cuando la luz divina resplandece sobre nosotros, llega a ser la verdad, la cual es la realidad divina—Jn. 1:5, 9; 8:12, 32; 18:37.
 - D. La luz divina, la cual resplandece en la vida divina y llega a ser la verdad divina, está corporificada en el Señor Jesús, Dios encarnado—1:1, 4, 14; 8:12; 9:5; 14:6.

- III. Cristo es la gran luz a fin de resplandecer en las tinieblas y librar-nos del cautiverio—Is. 9:1-5:
- A. Cristo, la gran luz, es la luz verdadera, la luz de la vida—Jn. 1:9, 4; 8:12:
 1. Cristo es la luz única; sin Él no puede haber luz—12:46.
 2. A fin de tener la verdadera luz, debemos tener a Cristo en términos de nuestra experiencia—Mi. 7:8; Jn. 8:12.
 3. Sólo en la luz de Cristo, podemos ver la luz; si queremos experimentar la luz, debemos recibir a Cristo y tocar a Cristo—Sal. 36:9b.
 - B. Cristo, la gran luz, resplandece sobre el pueblo que anda en tinieblas y sobre los que moran en tierra de sombra de muerte—Is. 9:2; Jn. 1:5; Hch. 26:18; Col. 1:13:
 1. Cristo es la luz que llega a ser la salvación de Dios—Is. 49:6.
 2. Cristo nos salva al resplandecer en nosotros; Su resplandor sobre nosotros como la gran luz es nuestra salvación—Hch. 9:3; 22:6; 26:13.
 3. Al resplandecer en nuestro interior, Cristo nos salva de las tinieblas de la muerte—Is. 9:2; Mt. 1:21, 23; 4:16; 2 Co. 4:6.
 - C. Cristo, al resplandecer sobre el pueblo de Dios como la gran luz, los libera del cautiverio de las tinieblas, rompe el yugo que estaba sobre ellos, y destruye a sus enemigos y destruye a sus armaduras—Is. 9:3-5; 10:26-27.
 - D. La profecía de Isaías 9:2 se cumplió en Mateo 4:16:
 1. Cuando Cristo vino a Galilea, el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz, y a los asentados en región y sombra de muerte, luz les amaneció.
 2. El ministerio de Cristo no comenzó con poder terrenal, sino con luz celestial:
 - a. Esta luz es Cristo mismo como la luz de vida que resplandece en la sombra de muerte—Jn. 12:46; 8:12.
 - b. Cristo es la gran luz que tiene poder para atraer a las personas y cautivarlas—Mt. 4:17-22.
 3. En particular, la enseñanza del Señor era Su resplandor como una gran luz; cada palabra que salía de Su boca era una palabra que iluminaba, y el pueblo asentado en tinieblas fue iluminado por Su enseñanza—Mr. 1:21-22.
 - E. En Isaías 9:1-5 vemos la vida cristiana desde la perspectiva del disfrute que tenemos de Cristo como la gran luz; por medio de Su resplandor, Él nos salva y rompe el pesado yugo, la vara de nuestro hombro y el cetro de nuestro opresor.
 - F. Cristo fue llamado por Jehová para ser luz a las naciones—42:6:
 1. Cristo es la verdadera luz que resplandece en el mundo e ilumina a todo hombre a fin de avivar al hombre con miras a la regeneración; Él es la luz para que el pueblo de Dios reciba a Dios como vida—Jn. 1:4, 9, 12-13; 1 Jn. 1:5; 5:11-12.
 2. Cristo es la luz divina y maravillosa que abre los ojos de los ciegos y rescata al pueblo escogido de Dios de las tinieblas de la muerte, la esfera de la muerte, la potestad de Satanás, y los traslada a la esfera de vida de Dios, una esfera de luz—Is. 42:7; Hch. 26:18; Col. 1:12-13.
 3. Aunque Isaías 49:6 se refiere a Cristo, a quien Dios puso por luz de los gentiles a fin de que Su salvación llegara hasta lo último de la tierra, el apóstol Pablo, quien era uno con Cristo en el cumplimiento de la salvación de Dios en Cristo, se aplicó a sí mismo estas palabras proféticas en su ministerio de predicación del evangelio—Hch. 13:47.
 4. Dios nos llamó de las tinieblas, que son la expresión y la esfera de Satanás en la muerte, y nos trasladó a Su luz admirable, que es la expresión y la esfera de Dios en la vida—1 P. 2:9.
- IV. En otro tiempo éramos tinieblas, mas ahora somos luz en el Señor, y debemos andar como hijos de luz—Ef. 5:8-9:
- A. Así como Dios es luz, también nosotros, los hijos de Dios, somos los hijos de luz—1 Jn. 1:5; Ef. 5:8; Jn. 12:36.
 - B. Ahora no solamente somos hijos de luz, sino la luz misma, porque somos uno con Dios en el Señor—Ef. 5:8; Mt. 5:14; 1 Jn. 1:5.
 - C. El fruto de la luz en bondad, justicia y verdad está relacionado con el Dios Triuno:
 1. Dios el Padre como bondad es la naturaleza del fruto de la luz; por lo tanto, en Efesios 5:9 *la bondad* se refiere a Dios el Padre—Mt. 19:17.
 2. *La justicia* se refiere a Dios el Hijo, porque Cristo vino a cumplir el propósito de Dios conforme al procedimiento justo de Dios—Ro. 5:17-18, 21.

3. *La verdad*, que es la expresión del fruto en la luz, se refiere a Dios el Espíritu, porque Él es el Espíritu de realidad—Jn. 14:17; 16:13.
- V. El que teme a Jehová y escucha la voz de Su Siervo debe confiar en Jehová para tener luz mientras ande en tinieblas—Is. 50:10-11; Sal. 139:7-12, 23-24:
- A. Aquellos que fabrican su propia luz y andan según dicha luz en lugar de la luz de Dios, padecerán tormento—Is. 50:11.
- B. Esto debe servirnos de advertencia a nosotros para que andemos en la luz dada por Dios, no en la luz que podamos producir nosotros mismos—1 Jn. 1:5.
- C. “Venid [...] y caminaremos a la luz de Jehová”—Is. 2:5.
- VI. Como luz resplandeciente, los creyentes en Cristo, el pueblo del reino, son semejantes a una ciudad asentada sobre un monte, la cual no se puede esconder—Mt. 5:14:
- A. Esta luz no se refiere al creyente como individuo, sino a una entidad corporativa, a una ciudad, edificada para resplandecer sobre las personas que la rodean—16:18:
1. La ciudad es la luz; si no está la ciudad, no puede haber luz—Ap. 21:23-24.
 2. Si estamos divididos, jamás podremos resplandecer; si hemos de ser una ciudad resplandeciente, debemos guardar la unidad y permanecer como una sola entidad, un Cuerpo corporativo—Ef. 4:1-6; 5:8-9.
 3. Si hemos de llegar a ser esta ciudad de luz, es imprescindible que seamos edificados como el Cuerpo de Cristo—Mt. 16:18; Ef. 4:16:
 - a. Ser edificados con otros creyentes es el requisito supremo y más elevado que el Señor les impone a aquellos que fielmente le siguen, según la unidad divina de la Trinidad Divina—Jn. 17.
 - b. Ser edificados junto con otros participantes de la vida divina es la virtud más elevada de aquellos que van en pos de Cristo conforme a la economía eterna de Dios—Ef. 2:21-22; Fil. 3:7-12.
- B. En última instancia, la consumación de esta ciudad de luz será la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, y “las naciones andarán a la luz de ella”—Ap. 21:10-11, 23-24.

MENSAJE SEIS

LA GRAN LUZ

UNA PALABRA DE INTRODUCCIÓN

El futuro del recobro del Señor a la postre reposará sobre los hombres de aquellos que ahora son hermanos y hermanas jóvenes. En el corazón de los colaboradores y de los santos mayores que están en el recobro del Señor yace este deseo de que la generación joven continúe portando la antorcha, el legado, del recobro del Señor. Éste es un asunto urgente. Nuestro hermano Lee pasó a estar con el Señor hace trece años. Esos trece años han transcurrido rápidamente, y los próximos diez años pasarán en un abrir y cerrar de ojos. A medida que los hermanos responsables entre las iglesias envejecen, la carga deberá recaer sobre la generación más joven, esto es, aquellos hermanos y hermanas que hoy se hallan entre los veinte, treinta y cuarenta años de edad. Si tales hermanos pudiesen ver la gran importancia que tiene esta carga que deben asumir, ellos vivirían de una manera diferente y tomarían una actitud mucho más seria con respecto al recobro del Señor y a la comisión dada por el Señor a Su recobro aquí en la tierra.

Toma tiempo para que los santos adquieran una nueva constitución, alcancen cierta medida de crecimiento y sean transformados en cierto grado a fin de que puedan llevar la seria responsabilidad que implica el recobro del Señor. Por consiguiente, si verdaderamente queremos ser aquellos que pueden llevar la carga del recobro del Señor, tenemos que redimir el tiempo día tras día y momento a momento. Por ejemplo, muchos mensajes se han liberado y se siguen liberando en estos entrenamientos y conferencias internacionales. Si no tenemos cuidado, podemos pensar que no necesitamos profundizar en todo este hablar actualizado y que es suficiente si simplemente tomamos cuidado de la práctica de la iglesia, realizamos nuestra obra del evangelio y propagamos el recobro del Señor. Aun cuando tengo una profunda carga por el aumento y la propagación del recobro del Señor, estoy convencido de que aquello que ha preservado la naturaleza del recobro del Señor y ha mantenido su enfoque central, esto es, aquello que nos

ha guardado en la línea central del recobro del Señor desde la partida del hermano Lee, no es la obra que hemos realizado. La obra es importante, y seguiremos laborando, especialmente en este tiempo en que el Señor ha abierto la puerta a Su recobro en todas las partes de la tierra. Sin embargo, lo que ha preservado al recobro del Señor es la palabra que se ha ministrado a través de los mensajes y de los bosquejos liberados en las siete conferencias y entrenamientos internacionales que se celebran cada año.

El hermano Lee dijo: “Yo tendría mayor libertad de decir estas cosas si el hermano Nee estuviera laborando entre nosotros. Si éste fuera el caso, el blanco hacia el cual se dirigen los ataques hoy en día sería él y no yo. Pero debido a que en la actualidad yo soy el blanco, me es muy difícil hablar acerca de ciertos asuntos sin que se considere una vindicación para mí mismo” (*Entrenamiento para ancianos, libro 1: El ministerio del Nuevo Testamento*, pág. 29). Conforme a este principio, puesto que no soy uno de los hermanos que preparan los bosquejos de los mensajes, me siento con la libertad de expresar algo en cuanto al valor de los bosquejos. No estoy exaltando a ningún hombre, pero es necesario que consideremos dónde estaríamos nosotros ahora si no contáramos con estos bosquejos y sus correspondientes mensajes. Sin tener esta provisión, podríamos continuar llevando a cabo muchas obras y actividades, pero la naturaleza, la pureza, la herencia y el legado del recobro del Señor tienen su fuente en la palabra expandida de Dios.

El hermano Lee dijo:

He intentado, pues, abrir todos y cada uno de los libros del Nuevo Testamento, pero la “excavación” adicional es tarea de ustedes. Yo solamente les he “abierto la mina” [...] Tanto el hermano Nee como yo mismo no tuvimos suficiente tiempo como para “excavar” profundizando más en estos asuntos. Aunque deseo excavar más profundamente y, de hecho, sigo haciéndolo, no creo que alcance a cavar mucho más. Por ello, les dejo a ustedes esta tarea.

Las verdades básicas nos han sido presentadas, y mucho alimento rico en la vida divina ha quedado almacenado en los libros, especialmente en los mensajes del Estudio-vida. Además, casi todos los obstáculos han sido quitados. Ahora tenemos una vía despejada para poder estudiar, y cada libro de la Biblia está abierto para nosotros. En la industria minera, lo más difícil es abrir la mina. Una vez que la mina

ha sido abierta y el tesoro ha sido descubierto, es más fácil que otros excaven y saquen los tesoros. Sólo les he dejado la tarea de seguir excavando. Tengo la convicción de que el Señor seguirá realizando esta tarea por medio de ustedes o de otros. Después de cierto periodo de tiempo, estoy seguro de que muchos de ustedes se volverán “buenos excavadores”. El propósito y objetivo por el cual publicamos los mensajes del Estudio-vida es abrirles la mina para que ustedes entren en ella y continúen excavando. (*Entrenamiento para ancianos, libro 3: La manera de llevar a cabo la visión*, págs. 105-106)

En estos trece años que han pasado desde la partida del hermano Lee, nos hemos estado sumergiendo en estas minas, excavando y explorando. No hemos creado nuevas líneas temáticas y tampoco hemos producido una así llamada “luz nueva”. Los hermanos que preparan los bosquejos han sido fieles al identificar las venas de las riquezas, del tesoro, en el ministerio impreso y han procedido a excavar y a desarrollar sobre esas mismas líneas. Debo testificar con plena conciencia y desde mi perspectiva limitada de que hemos excavado profundamente hasta encontrar muchas riquezas que estaban enterradas en el ministerio del hermano Lee. Esto, y únicamente esto, es lo que ha preservado al recobro del Señor en estos años. Por tanto, animo enfáticamente a los hermanos y hermanas más jóvenes a que entren en los bosquejos y mensajes que se han liberado recientemente, y que los revisen a fin de adentrarse en el ministerio de la era, el cual es la fuente. No debemos permitir que se infiltre el pensamiento de que este hablar actualizado es únicamente un repaso, o una mera repetición, de lo que ya se ha dicho. Doy gracias al Señor que Su hablar fresco se halla todavía entre nosotros de manera abundante. Estoy convencido de que si el hermano Lee estuviese aún con nosotros, estaría complacido con el camino que hemos tomado en este respecto.

El título de este mensaje es: “La gran luz”. Todos los mensajes de este entrenamiento tratan del Cristo todo-inclusivo que se revela en el libro de Isaías. Cristo finalmente reemplazará a toda persona, asunto o cosa en el universo a fin de llegar a serlo todo y estar en todo en la economía de Dios. Aun cuando podemos repetir esta declaración, se requiere tiempo y mucha experiencia para que esta realidad sea verdaderamente forjada en nuestro ser como una visión. Por tanto, no debiéramos demorarnos; más bien debemos ir en pos de esta verdad y

procurar experimentarla. Mi carga en este mensaje yace principalmente en estos aspectos de la luz que son subjetivos y para ser experimentados.

Isaías 9:1-5 dice:

Mas no habrá siempre oscuridad para la que está ahora en angustia, tal como la aflicción que le vino en el tiempo que livianamente tocaron la primera vez a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí; pues al fin llenará de gloria el camino del mar, de aquel lado del Jordán, en Galilea de los gentiles. / El pueblo que andaba en tinieblas / vio gran luz; / a los que moraban en tierra de sombra de muerte, / luz resplandeció sobre ellos. / Multiplicaste la gente / y aumentaste la alegría. / Se alegrarán delante de Ti / como se alegran en la siega, / como se gozan / al repartirse un botín. / Porque Tú quebraste su pesado yugo, / la vara de su hombro y el cetro de su opresor, / como en el día de Madián. / Porque todo calzado que lleva el guerrero / en el tumulto de la batalla / y todo manto revolcado en sangre, / serán quemados, / serán pasto del fuego.

Estas expresiones tan hermosas y poéticas revelan a Cristo como la gran luz. Cristo es la única luz en el universo. Sin Cristo no puede haber luz, porque Cristo es el resplandor de Dios, el resplandor de la gloria de Dios y la impronta de la sustancia de Dios (He. 1:3). Cristo es el único que posee la luz de Dios, la luz divina. Hay otros versículos en la Biblia que se refieren a Cristo como la luz. En Juan 1:9 Él es llamado “la luz verdadera”. Esto significa que todas las otras luces son falsas. Él es “la luz de la vida” (8:12). La luz y la vida son inseparables. La vida está en la luz, y la luz es la vida, la vida divina (1:4). Cristo es “la luz de los hombres”, “la luz del mundo”, “la luz de Israel” y la “luz de las naciones” (1:4; 8:12; Is. 10:17; 42:6). En 2 Samuel 23:4 Cristo es llamado “la luz matinal” y en Isaías 60:20 Él es una “luz eterna”. Todos estos versículos revelan que Cristo es la luz.

EN GÉNESIS 1:3, LA LUZ TIPIFICA A CRISTO, QUIEN ES LA LUZ VERDADERA

En Génesis 1:3, la luz tipifica a Cristo, quien es la luz verdadera (Jn. 1:4-5, 9). Génesis 1:1-2 dice: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Pero la tierra se convirtió en desolación y vacío, y las tinieblas estaban sobre la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se cernía

sobre la superficie de las aguas”. Después de que el Espíritu se cerner, le sigue la palabra de Dios; por cuanto el versículo 3 comienza diciendo: “Y dijo Dios”. Después del Espíritu, viene la palabra. “Dijo Dios: Haya luz; y hubo luz” (v. 3). Así que, la palabra trae la luz. El Espíritu, la palabra y la luz están relacionados con la vida y son necesarios para germinar o generar vida. A fin de que la vida sea producida, se necesita la luz. Según Génesis 1, la luz viene antes que la vida. Sin embargo, en Juan 1 este orden se invierte. El versículo 4 dice: “En Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. No obstante, la luz en Génesis tipifica a Cristo como la luz verdadera, la cual es necesaria para germinar y generar vida. Si queremos tener vida, no podemos evadir la luz. Cuanta más luz recibimos, más vida poseemos. Cuanto más nos resistamos a la luz o nos escondamos de la luz, tanto menos experimentaremos la vida. De hecho, la luz siempre nos imparte vida. Es necesario tener una búsqueda interior para obtener más luz.

Cristo es la verdadera luz del universo; Él es el sol naciente que procede de lo alto, la estrella resplandeciente de la mañana, y el Sol de justicia

Cristo es la verdadera luz del universo; Él es el sol naciente que procede de lo alto, la estrella resplandeciente de la mañana, y el Sol de justicia (Lc. 1:78; Ap. 22:16b; Mal. 4:2). Malaquías 4:2 revela a Cristo como “el Sol de justicia [...] en Sus alas traerá salvación”. Zacarías alude a este versículo en Lucas 1:78, cuando se refiere a Cristo diciendo que nos había de visitar “desde lo alto el sol naciente”. El propio Cristo declara: “Yo soy [...] la estrella resplandeciente de la mañana” (Ap. 22:16b). El sol y las estrellas son cuerpos celestes de luz. Por tanto, Cristo es la verdadera luz en el universo.

La luz física, mencionada en Génesis 1:3, es un tipo de Cristo, quien es la luz espiritual en la nueva creación

La luz física, mencionada en Génesis 1:3, es un tipo de Cristo, quien es la luz espiritual en la nueva creación (2 Co. 4:6; 5:17). Génesis 1:3 trata sobre la vieja creación, pero la luz física en este versículo es un tipo de Cristo como la luz espiritual para la nueva creación. Como la nueva creación, los creyentes vienen a existir por medio de Cristo como la luz.

*La luz es necesaria para que la vida sea generada;
según un principio sumamente importante en la Biblia,
la luz es para la vida, y donde hay luz, hay vida*

La luz es necesaria para que la vida sea generada; según un principio sumamente importante en la Biblia, la luz es para la vida, y donde hay luz, hay vida (Jn. 8:12; 1:9, 12). El tema de este mensaje es que la luz es para la vida. Lo que más se necesita en el recobro del Señor es luz. Esto se debe a que mientras más luz poseemos, más vida habrá, y únicamente la vida puede cumplir el propósito de Dios. Dios es un Dios de vida, y Su camino es un camino de vida. Todo lo relacionado con Dios es vida. Por ende, la naturaleza del recobro del Señor tiene que ser vida y es vida. Si nos desviamos de este camino de vida, aunque sea un poco, nos estaremos desviando del recobro del Señor en términos de su naturaleza intrínseca. Todos los hermanos y hermanas en el recobro tienen que conocer a Cristo como vida, y la vida proviene de la luz. La raíz del problema causante de nuestra escasez de vida y de la continua presencia de muerte en nuestro ser, es que estamos carentes de luz.

*En Génesis la luz es para la vieja creación, mientras que
en el Evangelio de Juan, la luz es para la nueva creación;
la vieja creación fue producida mediante la luz física,
mientras que la nueva creación llegó a existir
por medio de Cristo, la luz espiritual*

En Génesis la luz es para la vieja creación, mientras que en el Evangelio de Juan, la luz es para la nueva creación; la vieja creación fue producida mediante la luz física, mientras que la nueva creación llegó a existir por medio de Cristo, la luz espiritual (vs. 4-5, 9, 12; 8:12; 12:36; 2 Co. 4:6). La luz resulta de la vida, y la vida procede de la luz. Finalmente, estas dos son una misma cosa. Donde hay luz, hay vida. Donde hay vida, hay luz. Cristo vino para ser la luz del mundo, la luz de los hombres y la luz verdadera. Él vino de esta manera a fin de darnos vida y ser vida para nosotros. Por tanto, la luz es el elemento más necesario en la vida cristiana.

**LA LUZ DIVINA ES LA NATURALEZA DE LA EXPRESIÓN DE DIOS,
BRILLA EN LA VIDA DIVINA Y ES LA FUENTE DE LA VERDAD DIVINA**

La luz divina es la naturaleza de la expresión de Dios, brilla en la vida divina y es la fuente de la verdad divina (1 Jn. 1:5-6; Jn. 1:4; 8:12). Ésta es una clara definición de la luz divina, la cual es Cristo.

**La luz es el resplandor de Dios, la expresión de Dios;
cuando Dios es expresado, la naturaleza
de dicha expresión es la luz**

La luz es el resplandor de Dios, la expresión de Dios; cuando Dios es expresado, la naturaleza de dicha expresión es la luz (1 Jn. 1:5). La luz física que vemos con nuestros ojos no es la luz verdadera. La luz física no es eterna, pues viene y se va. La luz verdadera es Dios y, más específicamente, el resplandor de Dios, la expresión de Dios, la cual es Cristo como luz. La expresión de Dios es luz. Tocar la luz es tocar la expresión de Dios. Dios nunca se expresará en la penumbra ni en las sombras. Siempre que Dios se expresa, hay luz. La luz es la naturaleza de la expresión de Dios. En 1 Juan 1:5 dice: “Dios es luz, y en Él no hay ningunas tinieblas”.

**La luz divina resplandece en la vida divina,
puesto que la luz y la vida son inseparables**

La luz divina resplandece en la vida divina, puesto que la luz y la vida son inseparables (Jn. 1:4; 8:12; Sal. 36:9). La manera en que la luz divina resplandece es mediante la vida divina. Salmos 36:9 dice: “Contigo está la fuente de la vida; / en Tu luz veremos la luz”. Este versículo nos muestra que la manera de tener acceso a la vida es ver la luz en la luz de Dios.

**La luz divina es la fuente de la verdad divina;
cuando la luz divina resplandece sobre nosotros,
llega a ser la verdad, la cual es la realidad divina**

La luz divina es la fuente de la verdad divina; cuando la luz divina resplandece sobre nosotros, llega a ser la verdad, la cual es la realidad divina (Jn. 1:5, 9; 8:12, 32; 18:37). La verdad, la realidad, que podemos percibir y recibir tiene su fuente en la luz. Cuando ésta se halla con Dios, es la luz; cuando la luz resplandece sobre nosotros y dentro de nosotros, llega a ser la verdad, la realidad. Podemos leer y estudiar mucho, pero no poseeremos la realidad hasta que aquello que hemos leído y estudiado llegue a ser la luz que resplandece. Por tanto, en nuestra búsqueda del Señor, al estudiar la Palabra y acudir al ministerio, es muy importante que siempre acudamos a Dios en busca de luz. Nunca debiéramos buscar el conocimiento de las Escrituras sin tocar la fuente de la luz, la cual es Dios mismo. Sin luz, sólo recibiremos conocimiento e información, lo cual no es la realidad. La luz trae consigo la verdad, la

realidad, y la introduce en nuestro ser. Muchos de nosotros hemos tenido la experiencia de haber leído cierto versículo varias veces y de darle cierto valor; luego un día en medio de cierta situación, venimos de nuevo a este versículo, y debido a que nuestro ser es adecuado y está propiamente alineado porque tenemos un corazón puro que busca a Dios y porque estamos abiertos a Él por completo sin ningún tipo de velo, duda o reserva, la luz resplandece en este versículo y, al instante, llega a ser una realidad para nosotros. Cada verdad contenida en la Palabra puede llegar a ser nuestra realidad por medio de este mismo proceso. Por tanto, nunca debemos estar satisfechos con tener sólo conocimiento, sino que siempre debemos procurar ver; no debemos contentarnos con tener un mero entendimiento, sino que siempre debemos ir en pos de la verdadera iluminación espiritual. Si ponemos esto en práctica, seremos personas llenas de realidad, llenas de la verdad.

Salmo 43:3 dice: “Envía Tu luz y Tu verdad; / éstas me guiarán”. Debemos orar de esta manera. Mateo 5:8 dice: “Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios”. Debemos ver a Dios. Dios no se nos da para que le comprendamos, sino para que le veamos. Dios desea ser visto, y ver implica luz. Debemos orar: “Señor, quiero ver”. Al venir a la Palabra, es así como debemos hacerlo. Éste es el misterio, el principio rector, de orar-leer. Orar-leer es la manera en que venimos a la Palabra, no meramente para tener contacto con la letra, sino para ejercitar nuestro espíritu y tocar al Espíritu-palabra (Ef. 6:17-18). Al tocar la palabra de esta manera, tocamos la vida contenida en la palabra y la vida nos trae la luz. Por tanto, necesitamos orar-leer la Palabra. Orar-leer un versículo, meditando en él, así como rumian las vacas, es muy diferente de simplemente estudiar la palabra para obtener conocimiento. Estudiar la Palabra es necesario. Sin embargo, cuando tocamos la vida en la palabra, algo de la verdad resplandecerá en nuestro ser y brotará en nuestro interior; por ende, algo de la realidad de Dios será transmitido en nuestro ser. Necesitamos esto.

**La luz divina, la cual resplandece en la vida divina
y llega a ser la verdad divina, está corporificada
en el Señor Jesús, Dios encarnado**

La luz divina, la cual resplandece en la vida divina y llega a ser la verdad divina, está corporificada en el Señor Jesús, Dios encarnado (Jn. 1:1, 4, 14; 8:12; 9:5; 14:6). Según Juan 1, el Verbo eterno era Dios, y en

Él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres (vs. 1, 4). El Verbo se hizo carne, y fijó tabernáculo entre nosotros, lleno de gracia y de realidad, o verdad (v. 14). El resplandor de la luz divina es la verdad, y la verdad está corporificada en el Señor Jesús. Por tanto, tenemos que acudir al Señor Jesús, para tocar la verdad y recibir esta luz. Debemos acudir al Señor Jesús y tener contacto con Él, pues Él es la corporificación de la luz divina que emana de la vida divina y tiene como fruto la verdad divina.

**CRISTO ES LA GRAN LUZ A FIN DE RESPLANDECER
EN LAS TINIEBLAS Y LIBRARNOS DEL CAUTIVERIO**

Cristo, la gran luz, es la luz verdadera, la luz de la vida

Cristo es la luz única; sin Él no puede haber luz

Cristo es la gran luz a fin de resplandecer en las tinieblas y librarlos del cautiverio (Is. 9:1-5). Cristo, la gran luz, es la luz verdadera, la luz de la vida (Jn. 1:9, 4; 8:12). Cristo es la luz única; sin Él no puede haber luz (12:46). Todo lo que habla la gente en el mundo hoy en día es meramente un parloteo. En la Internet toda clase de persona habla constantemente e interminablemente de toda clase de tema imaginable, pero carecen de luz. Parece que cuanto más ellos hablan, más oscuridad hay. En general, la Internet es una montaña gigantesca de ciegos guiando a ciegos. Aquellos que producen el material contenido son los guías ciegos, y aquellos que consumen dicho contenido son los seguidores ciegos. Esto se debe a que ellos están carentes de Cristo. Solamente Cristo es luz. Un día Él vendrá, y todas esas vanas y absurdas conversaciones de la gente cesarán. Tanto la palabra de Dios en la Biblia como el hablar actualizado en el recobro del Señor son genuinos y verdaderos. Cristo es la luz verdadera. Debido a que necesitamos luz y anhelamos la luz, acudimos a Cristo. No podemos ir a ninguna otra parte en busca de ayuda; solamente Cristo es la luz verdadera.

*A fin de tener la verdadera luz, debemos tener a Cristo
en términos de nuestra experiencia*

A fin de tener la verdadera luz, debemos tener a Cristo en términos de nuestra experiencia (Mi. 7:8; Jn. 8:12). A fin de recibir luz, debemos experimentar a Cristo. Miqueas 7:8 dice: “Aunque more en tinieblas, / Jehová será mi luz”. Ésta debe ser nuestra experiencia. Juan 8:12 dice: “Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que

me sigue, jamás andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida”. Necesitamos considerar si estamos siguiendo al Señor de esta manera. Necesitamos experimentar la verdadera luz al seguirlo a Él en realidad.

Sólo en la luz de Cristo, podemos ver la luz; si queremos experimentar la luz, debemos recibir a Cristo y tocar a Cristo

Sólo en la luz de Cristo, podemos ver la luz; si queremos experimentar la luz, debemos recibir a Cristo y tocar a Cristo (Sal. 36:9b). Vengamos y toquemos a Cristo. El Antiguo Testamento nos habla una y otra vez de la faz o el rostro de Jehová (Nm. 6:26; Sal. 17:15; 34:16; 42:5). También nos habla del resplandor de Su rostro (Nm. 6:25; Sal. 31:16; 67:1; 80:3, 7, 19; 119:135; Dn. 9:17) y de la luz de Su rostro (Sal. 4:6; 44:3; 89:15; 90:8). En el Nuevo Testamento 2 Corintios 4:6 dice: “El mismo Dios que dijo: De las tinieblas resplandecerá la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”. Lo que necesitamos es morar en la presencia de Cristo y contemplar Su faz más y más. Solamente haciendo esto, podemos recibir la luz de Cristo.

Recientemente, tuve que someterme a una cirugía. Antes de la cirugía, tenía la impresión de que la recuperación tomaría aproximadamente dos semanas. Sin embargo, seis semanas pasaron y yo seguía con mucho dolor. Esas seis semanas me parecieron una eternidad. Luego cuando acudí a una cita médica a las seis semanas de convalecencia, descubrí que con esa clase de cirugía uno usualmente requiere doce semanas para recuperarse. Cuando escuché esto, me dije: “Oh, no. Se aproxima la segunda eternidad”. Para una persona que es predispuesta a trabajar y a quien no le gusta dejar de trabajar, las pasadas doce semanas han representado un tiempo de prueba. Sencillamente no podía hacer nada. Estaba confinado en casa y sumamente restringido. No obstante, le agradezco al Señor que tuve más tiempo para tocarlo y recibirlo. En el proceso, descubrí cuán ocupado me había permitido estar y cuánto de Cristo había perdido por haber estado tan ocupado en el servicio que le rindo a Él. No estaba ocupado haciendo cosas malas. Estaba ocupado sirviendo al Señor, laborando para el Señor. Hice muchas cosas; pero hablando de proporciones, había pasado menos tiempo en la faz, la presencia, de Jesucristo. Cuando me di cuenta de esto, me dije: “Lo ves; éste es tu problema. Éste es exactamente tu problema. Tú puedes hacer esto y aquello, pero ¿cuánto tiempo estás

pasando en la presencia del Señor a fin de ser iluminado por Él? ¿Cuánta luz has recibido? ¿Cuánta realidad tienes verdaderamente?”. Tenía que considerar seriamente este asunto. Ahora que me encuentro en la doceava semana, debo admitir que, por una parte, estoy listo para recuperarme y salir a toda velocidad, pero por otra parte, temo que deje de seguir pasando suficiente tiempo con el Señor y perderme muchas oportunidades de recibir Su resplandor.

No puede haber nada que reemplace el tiempo que pasamos con el Señor bajo Su resplandor. No podemos apresurar nuestros tiempos con el Señor. Quizás digamos: “Voy a comprimir el tiempo que paso con el Señor. Obtendré el equivalente a una hora pasando cinco minutos con el Señor”. Aunque seamos capaces de hacer esto con otros asuntos, les garantizo que no podemos hacerlo con el Señor. Dios se resiste a ser comprimido. Si invertimos un minuto para estar con Él, obtendremos el equivalente a un minuto. Si le dedicamos una hora, obtendremos el equivalente a una hora con Dios. Dios no nos devuelve menos de lo que corresponde, pero tampoco se vende a bajo costo.

La luz nunca es barata. La faz del Señor es muy querida para nosotros. El tiempo que pasamos ante la faz del Señor no puede ser minimizado, optimizado ni saltado. Tenemos que detenernos y poner todo asunto a un lado. Debemos aprender a decir: “Este tiempo es únicamente para mí y la luz; es exclusivamente para mí y Cristo. Necesito tener este tiempo. Necesito recibir Su resplandor de manera personal y directa”. Si no tenemos este tiempo con Él, podemos tener el deseo de crecer en la vida divina e incluso clamar pidiendo ser transformados, pero nada de eso ocurrirá. No hay nada que pueda reemplazar el tiempo que pasamos con el Señor de esta manera.

La generación actual es una que quiere todo rápido e, incluso, al instante. Sin embargo, con nuestro Dios no podemos ser así. Simplemente no es efectivo. Tenemos que dedicar el tiempo adecuado para acudir a la luz y bañarnos en la luz. Sólo entonces vendrá la luz verdadera. En Juan 15:4 el Señor dice: “Permaneced en Mí”. Permanecer en Él es permanecer en el Dios Triuno, quien es luz. Tenemos que tomar el tiempo para hacer esto.

Cristo, la gran luz, resplandece sobre el pueblo que anda en tinieblas y sobre los que moran en tierra de sombra de muerte

Cristo, la gran luz, resplandece sobre el pueblo que anda en tinieblas y sobre los que moran en tierra de sombra de muerte (Is. 9:2;

Jn. 1:5; Hch. 26:18; Col. 1:13). En un tiempo todos nosotros andábamos en tinieblas. Además, hoy en día toda la gente del mundo anda en tinieblas, y ellas no lo saben. Ellas moran en tierra de sombra de muerte. Esto resume la situación del mundo, y no sólo a Galilea en los tiempos de Cristo. Todo el mundo actual yace en oscuridad y bajo sombra de muerte. No obstante, Dios como luz ha resplandecido sobre nosotros y nos ha liberado.

Cristo es la luz que llega a ser la salvación de Dios

Cristo es la luz que llega a ser la salvación de Dios (Is. 49:6). La luz equivale a la salvación. Si queremos ser salvos, necesitamos la luz. La luz salva. El resplandor de Cristo es nuestra salvación.

*Cristo nos salva al resplandecer en nosotros;
Su resplandor sobre nosotros como la gran luz
es nuestra salvación*

Cristo nos salva al resplandecer en nosotros; Su resplandor sobre nosotros como la gran luz es nuestra salvación (Hch. 9:3; 22:6; 26:13). Cuando Él resplandece, Él salva. Cuando Cristo viene y resplandece sobre nosotros, lo hace para salvarnos, y no solamente para alumbrarnos. Mientras más luz recibimos, más somos salvos.

*Al resplandecer en nuestro interior,
Cristo nos salva de las tinieblas de la muerte*

Al resplandecer en nuestro interior, Cristo nos salva de las tinieblas de la muerte (Is. 9:2; Mt. 1:21, 23; 4:16; 2 Co. 4:6). Necesitamos Su resplandor continuo. Salmos 27:1 dice: “Jehová es mi luz y mi salvación, / ¿de quién temeré? / Jehová es la fortaleza de mi vida, / ¿de quién he de atemorizarme?”. La luz y la salvación van juntas. Necesitamos ser salvos por completo. Necesitamos ser salvos de nosotros mismos, del pecado, de la carne, del mundo, de nuestro temperamento, de nuestro entorno, de nuestra rebelión y de muchas otras cosas. Lo que nos salva es la luz. Cuando llega la luz, hay salvación. Todos debemos orar: “Señor, ¡resplandece sobre mí!”.

Recientemente, se han llevado a cabo varias migraciones. Junto con las personas apropiadas que deben emigrar, las migraciones también han atraído a algunos que no son apropiados. Esto es inevitable porque en el recobro del Señor no controlamos a las personas. Recientemente le dije a algunos hermanos que si no somos plenamente salvos, ni

hemos experimentado una salvación real de todas las cosas negativas que se mencionaron con anterioridad, nuestra migración será como el “salvaje oeste”. Al decir esto, quiero decir que algunos tendrán la actitud de que pueden hacer lo que quieran en aquella iglesia nueva o pensarán que su nueva vida de iglesia es una democracia.

Estas cosas son lamentables, pero suceden. Más aún, normalmente no son los santos nuevos quienes tienen tal actitud, sino algunos pocos que llevan ya cierto tiempo. Cuando vi esto por primera vez, dije: “Señor Jesús, ¿será posible que permanezcamos en el recobro por décadas y no ser salvos de esta clase de pensamiento?”. No ser salvo es el resultado de no recibir luz. Si tales personas hubieran estado bajo el resplandor de la luz, serían salvados. No es necesario pedirle al Señor tantas cosas; todo lo que necesitamos es el resplandor de la luz. Sin luz, no podemos discernir en dónde estamos.

**Cristo, al resplandecer sobre el pueblo de Dios
como la gran luz, los libera del cautiverio de las tinieblas,
rompe el yugo que estaba sobre ellos,
y destruye a sus enemigos y destruye a sus armaduras**

Cristo, al resplandecer sobre el pueblo de Dios como la gran luz, los libera del cautiverio de las tinieblas, rompe el yugo que estaba sobre ellos, y destruye a sus enemigos y destruye a sus armaduras (Is. 9:3-5; 10:26-27). La luz no sólo salva; la luz libera. Si usted está en tinieblas, atado a ciertas cosas, la luz lo puede liberar. La luz rompe el yugo. *Himnos*, #141 dice: “Yacía mi espíritu, / En vil pecado y en prisión; / Mirar Tu faz me revivió, / El calabozo iluminó; / Mi corazón se liberó, / Me levanté, te sigo yo”. La luz no sólo alumbrá dejándonos ver nuestra verdadera condición, sino que también rompe cualquier atadura, rompe cualquier yugo y destruye al enemigo y sus armaduras. La luz somete a Satanás. Juan 1:5 dice: “La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas no prevalecieron contra ella”. La luz resplandeció, y las tinieblas no pudieron vencerla.

La luz es poderosa. Ésta derrota, somete, conquista y mata. A veces podemos sentir que el enemigo está cerca de nosotros. En esos momentos simplemente necesitamos más luz. Donde hay luz, Satanás tiene que huir, la muerte no puede permanecer, todo cautiverio se rompe, y nosotros somos liberados. Que todos podamos orar: “Señor, resplandece en mí. Señor, necesito más luz”.

La profecía de Isaías 9:2 se cumplió en Mateo 4:16

Cuando Cristo vino a Galilea, el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz, y a los asentados en región y sombra de muerte, luz les amaneció

La profecía de Isaías 9:2 se cumplió en Mateo 4:16. Cuando Cristo vino a Galilea, el pueblo asentado en tinieblas vio gran luz, y a los asentados en región y sombra de muerte, luz les amaneció.

El ministerio de Cristo no comenzó con poder terrenal, sino con luz celestial

El ministerio de Cristo no comenzó con poder terrenal, sino con luz celestial. Cristo no vino con ninguna clase de poder terrenal. Simplemente vino como luz. Comenzó Su ministerio al resplandecer como una gran luz al lado del mar de Galilea. Cuando Él vino a los discípulos, vino como la luz celestial.

Esta luz es Cristo mismo como la luz de vida que resplandece en la sombra de muerte

Esta luz es Cristo mismo como la luz de vida que resplandece en la sombra de muerte (Jn. 12:46; 8:12).

Cristo es la gran luz que tiene poder para atraer a las personas y cautivarlas

Cristo es la gran luz que tiene poder para atraer a las personas y cautivarlas (Mt. 4:17-22). El poder de Cristo, la luz, sirve para atraer como un imán a las personas y cautivarlas. Lo que cautivó a la gente no fue lo que Él hizo, sino lo que Él era. Él vino como una gran luz, y esa luz resplandeció a través de la sombra de muerte y tuvo el poder para atraer a la gente. Junto al mar de Galilea, Jesús les dijo a Pedro y Andrés: “Venid en pos de Mí, y os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando al instante las redes, le siguieron” (vs. 19-20). Inmediatamente dejaron sus profesiones y le siguieron. ¡Qué gran luz! De seguro, muchos de nosotros hemos sido cautivados por esta luz. Sin embargo, todavía necesitamos ser cautivados continuamente, más y más, por Su resplandor. Cada vez que Él resplandece sobre nosotros, nos cautiva y nos posee un poco más.

En particular, la enseñanza del Señor era Su resplandor como una gran luz; cada palabra que salía de Su boca era una palabra que iluminaba, y el pueblo asentado en tinieblas fue iluminado por Su enseñanza

En particular, la enseñanza del Señor era Su resplandor como una gran luz; cada palabra que salía de Su boca era una palabra que iluminaba, y el pueblo asentado en tinieblas fue iluminado por Su enseñanza (Mr. 1:21-22). No tan sólo Cristo mismo era luz, aun Su enseñanza fue el resplandor de una gran luz. Marcos 1:22 dice: “Les enseñaba como quien tiene autoridad”, en contraste con los escribas quienes se hallaban totalmente en tinieblas e ignorancia en cuanto concierne al conocimiento de Dios. Efesios 4:18 habla de aquellos que están en su condición totalmente caída: “Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos a la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”. Los escribas en Marcos 1 estaban entenebrecidos en su entendimiento y, como tales, necesitaban la enseñanza de Cristo, la cual ilumina. La enseñanza de Cristo libera la palabra de luz para alumbrar a quienes están en tinieblas y muerte a fin de que puedan recibir la luz de la vida. La enseñanza apropiada ilumina. La enseñanza saludable transmite luz.

En Isaías 9:1-5 vemos la vida cristiana desde la perspectiva del disfrute que tenemos de Cristo como la gran luz; por medio de Su resplandor, Él nos salva y rompe el pesado yugo, la vara de nuestro hombro y el cetro de nuestro opresor

En Isaías 9:1-5 vemos la vida cristiana desde la perspectiva del disfrute que tenemos de Cristo como la gran luz; por medio de Su resplandor, Él nos salva y rompe el pesado yugo, la vara de nuestro hombro y el cetro de nuestro opresor. *Himnos*, #487 dice: “¡Salvación sin medida! / ¡Cristo salva hoy! / [...] ¡Cristo rompe ataduras! / ¡Cristo me libró! / [...] ¡Cantaré aleluya! / ¡Cristo salva hoy!”. En lugar de decir “¡Cristo salva hoy!”, también podríamos cantar “¡Jesús resplandece sobre mí!”. Al resplandecer Él salva.

En la actualidad se realiza cierta cirugía llamada cirugía láser, lo cual muestra que hasta la luz física es lo suficientemente poderosa que se puede utilizar como si fuera un bisturí. Así pues, ¡debemos estar dispuestos a abrirnos a la luz que está en la palabra de Dios, a escuchar la

enseñanza buena y sana, y a permitir que la luz espiritual nos libere de cualquier cautiverio! Muchas veces después de asistir a una reunión de hogar me siento liberado. Podré ir con un problema muy grande, pero al escuchar cierto hablar durante la reunión, soy liberado. Podemos recibir el resplandor de la luz y ser liberados en las reuniones.

Cristo fue llamado por Jehová para ser luz a las naciones

Cristo fue llamado por Jehová para ser luz a las naciones (42:6). Él fue llamado para ser luz no sólo para individuos, sino para todas las naciones.

Cristo es la verdadera luz que resplandece en el mundo e ilumina a todo hombre a fin de avivar al hombre con miras a la regeneración; Él es la luz para que el pueblo de Dios reciba a Dios como vida

Cristo es la verdadera luz que resplandece en el mundo e ilumina a todo hombre a fin de avivar al hombre con miras a la regeneración; Él es la luz para que el pueblo de Dios reciba a Dios como vida (Jn. 1:4, 9, 12-13; 1 Jn. 1:5; 5:11-12). Todas las personas que pasan mucho tiempo en la Internet necesitan la luz verdadera. Si sólo se abrieran a Cristo, verían que Él es la luz del mundo. Él resplandece sobre el mundo entero, iluminando y avivando a los hombres para regenerarlos a fin de que lleguen a ser hijos de Dios.

Cristo es la luz divina y maravillosa que abre los ojos de los ciegos y rescata al pueblo escogido de Dios de las tinieblas de la muerte, la esfera de la muerte, la potestad de Satanás, y los traslada a la esfera de vida de Dios, una esfera de luz

Cristo es la luz divina y maravillosa que abre los ojos de los ciegos y rescata al pueblo escogido de Dios de las tinieblas de la muerte, la esfera de la muerte, la potestad de Satanás, y los traslada a la esfera de vida de Dios, una esfera de luz (Is. 42:7; Hch. 26:18; Col. 1:12-13). Colosenses 1:12-13 dice: “Dando gracias al Padre que os hizo aptos para participar de la porción de los santos en la luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino del Hijo de Su amor”. Somos los santos en la luz. En la luz podemos disfrutar de nuestra porción asignada, que es Cristo. Hemos sido trasladados de las tinieblas al reino del Hijo de Su amor.

La luz es una esfera, no meramente un poder. Es Dios mismo como una esfera, y esta esfera es el reino de Dios. En esta esfera de luz, están Dios, Su reino, vida, justicia, paz, orden, vista, entendimiento, iluminación, revelación, verdad, realidad, amor, dirección (para moverse) y bendición. Todas estas cosas están en la esfera de la luz. Lo opuesto a estas cosas está en la esfera de las tinieblas, la esfera de Satanás. En esta esfera de tinieblas hay muerte, pecado, cautiverio, confusión, temor, vanidad, ignorancia, engaño, ceguera, odio, perdición y maldición.

Aunque Isaías 49:6 se refiere a Cristo, a quien Dios puso por luz de los gentiles a fin de que Su salvación llegara hasta lo último de la tierra, el apóstol Pablo, quien era uno con Cristo en el cumplimiento de la salvación de Dios en Cristo, se aplicó a sí mismo estas palabras proféticas en su ministerio de predicación del evangelio

Aunque Isaías 49:6 se refiere a Cristo, a quien Dios puso por luz de los gentiles a fin de que Su salvación llegara hasta lo último de la tierra, el apóstol Pablo, quien era uno con Cristo en el cumplimiento de la salvación de Dios en Cristo, se aplicó a sí mismo estas palabras proféticas en su ministerio de predicación del evangelio (Hch. 13:47). Pablo se aplicó a sí mismo estas palabras de Isaías 49:6 para mostrar que se refieren al cumplimiento de la salvación de Dios en Cristo mediante el ministerio de la predicación del evangelio. Siempre que predicamos el evangelio estamos llevando luz a las naciones.

Dios nos llamó de las tinieblas, que son la expresión y la esfera de Satanás en la muerte, y nos trasladó a Su luz admirable, que es la expresión y la esfera de Dios en la vida

Dios nos llamó de las tinieblas, que son la expresión y la esfera de Satanás en la muerte, y nos trasladó a Su luz admirable, que es la expresión y la esfera de Dios en la vida (1 P. 2:9).

EN OTRO TIEMPO ÉRAMOS TINIEBLAS, MAS AHORA SOMOS LUZ EN EL SEÑOR, Y DEBEMOS ANDAR COMO HIJOS DE LUZ

En otro tiempo éramos tinieblas, mas ahora somos luz en el Señor, y debemos andar como hijos de luz (Ef. 5:8-9). Tengo mucha carga en cuanto a este punto. No sólo estábamos *en* tinieblas, sino que *éramos*

tinieblas. Éramos tinieblas porque éramos uno con Satanás quien es tinieblas. Hoy en día no sólo somos hijos de luz y santos en la luz, sino que somos la luz misma. Somos luz en el Señor. Esto es posible sólo al llegar a ser uno con Cristo, uno con Dios y uno con la luz.

Me gustaría decir unas palabras a los jóvenes. Ustedes son luz. No se olviden de esto. Usted es un hijo de luz. Mientras considera esto, se dará cuenta de cuánta separación hay entre usted y tantas cosas que no son luz sino tinieblas. ¿Cómo podrían ustedes unirse a esas cosas si ustedes son luz?

**Así como Dios es luz, también nosotros,
los hijos de Dios, somos los hijos de luz**

Así como Dios es luz, también nosotros, los hijos de Dios, somos los hijos de luz (1 Jn. 1:5; Ef. 5:8; Jn. 12:36). Juan 12:36 dice: “Mientras tenéis la luz, creced en la luz, para que seáis hijos de luz”.

**Ahora no solamente somos hijos de luz, sino la luz misma,
porque somos uno con Dios en el Señor**

Ahora no solamente somos hijos de luz, sino la luz misma, porque somos uno con Dios en el Señor (Ef. 5:8; Mt. 5:14; 1 Jn. 1:5). Necesitamos permanecer en unidad con Dios en Cristo para que podamos ser tal luz. De hecho, en Mateo 5:14 dice que somos la luz del mundo. Esto quiere decir que somos Cristo. Somos Cristo porque somos uno con Él.

**El fruto de la luz en bondad, justicia
y verdad está relacionado con el Dios Triuno**

El fruto de la luz en bondad, justicia y verdad está relacionado con el Dios Triuno. Las obras de las tinieblas son infructuosas, pero existe el fruto de la luz. Todo el tiempo debemos llevar tal fruto en nuestro vivir, en nuestro comportamiento y en nuestra manera de vivir, para demostrar que somos hijos de luz e incluso la luz misma.

***Dios el Padre como bondad es la naturaleza del fruto de la luz;
por lo tanto, en Efesios 5:9 la bondad se refiere a Dios el Padre***

Dios el Padre como bondad es la naturaleza del fruto de la luz; por lo tanto, en Efesios 5:9 *la bondad* se refiere a Dios el Padre (Mt. 19:17). Cuando irradiamos esta luz, el Dios Triuno es expresado desde nosotros. Primeramente, irradiamos al Padre en Su bondad. Nadie es bueno, sino Dios sólo. Nosotros los cristianos debemos ser buenos,

pero no meramente de una forma moral o ética. Debemos ser buenos como nuestro Padre celestial es bueno. Mateo 5:48 dice: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”. La única manera en que podemos lograr esto es al ser uno con Dios, ser llenos con Dios, esto es, al llegar a ser Dios a fin de vivirle.

***La justicia se refiere a Dios el Hijo,
porque Cristo vino a cumplir el propósito de Dios
conforme al procedimiento justo de Dios***

La justicia se refiere a Dios el Hijo, porque Cristo vino a cumplir el propósito de Dios conforme al procedimiento justo de Dios (Ro. 5:17-18, 21). Romanos 5:18 habla acerca de “un solo acto de justicia”. El Hijo vino con el fin de llevar a cabo tal acto de justicia. Más aún, Él es la justicia misma, y Él llevó a cabo completamente un procedimiento justo. Por lo tanto, la justicia se refiere a Dios el Hijo. Cuando manifestamos, o llevamos, el fruto de la luz en nuestro vivir, eso significa que vivimos a Cristo. Cuando manifestamos Su justicia en nuestro vivir, vivimos una vida justa.

***La verdad, que es la expresión del fruto en la luz,
se refiere a Dios el Espíritu, porque Él es el Espíritu de realidad***

La verdad, que es la expresión del fruto en la luz, se refiere a Dios el Espíritu, porque Él es el Espíritu de realidad (Jn. 14:17; 16:13). Nuestro vivir debe estar lleno de verdad, lleno de realidad, y no lleno de engaño y vanidad.

**EL QUE TEME A JEHOVÁ Y ESCUCHA LA VOZ DE SU SIERVO
DEBE CONFIAR EN JEHOVÁ PARA TENER LUZ
MIENTRAS ANDE EN TINIEBLAS**

El que teme a Jehová y escucha la voz de Su Siervo debe confiar en Jehová para tener luz mientras ande en tinieblas (Is. 50:10-11; Sal. 139:7-12, 23-24). Isaías 50:10-11 dice: “¿Quién de entre vosotros teme a Jehová / y escucha la voz de Su siervo? / El que anda en tinieblas / y carece de luz, / confíe en el nombre de Jehová / y apóyese en su Dios. / He aquí que todos vosotros encendéis fuego, / os rodeáis de teas: / pues andad a la luz de vuestro fuego / y de las teas que encendisteis. / De Mi mano os vendrá esto: / en dolor seréis sepultados”. De una manera sencilla, este versículo dice que la tiniebla espiritual no se puede disipar por medio de los fuegos humanos. La luz viene

únicamente de parte de Dios y no puede provenir del hombre. El fuego que proviene del hombre nunca producirá una visión espiritual genuina.

Aquellos que fabrican su propia luz y andan según dicha luz en lugar de la luz de Dios, padecerán tormento

Aquellos que fabrican su propia luz y andan según dicha luz en lugar de la luz de Dios, padecerán tormento (Is. 50:11).

Esto debe servirnos de advertencia a nosotros para que andemos en la luz dada por Dios, no en la luz que podamos producir nosotros mismos

Esto debe servirnos de advertencia a nosotros para que andemos en la luz dada por Dios, no en la luz que podamos producir nosotros mismos (1 Jn. 1:5). Si hemos de comprender cómo recibimos la luz que procede de Dios, debemos captar este principio: la luz no se origina en nosotros. No importa cuánto estemos en introspección, cuánto nos examinemos o analicemos a nosotros mismos, esto no producirá ningún tipo de luz; más bien, hacer esto sólo producirá más tinieblas. Dios es la única fuente de luz; por ende, debemos depender absolutamente de Él, lo cual implica temerle, obedecerle, confiar en Él, apoyarnos en Él y esperar en Él, quien es la única fuente de luz. El hermano Nee y el hermano Lee a menudo decían que sólo podíamos depender de la misericordia de Dios a fin de recibir la luz. Cuando viene la luz, simplemente viene. Cuando ésta no llega, no importa cuánto usted trate, aun así no vendrá. Usted no puede decidir cuándo vendrá la luz. Usted no puede hacer que aparezca la luz, porque la luz es Dios mismo.

Por consiguiente, debemos suplicar por la misericordia de Dios todo el tiempo, al orar: “Señor, ten misericordia de mí”. No existe mayor misericordia de parte de Dios que el que Él nos ilumine. Cuando Dios viene a iluminarnos, Su luz no sólo trae revelación y visión, sino que también nos pondrá en evidencia y reprenderá. Expondrá todas las cosas que están escondidas en nosotros. Cuando recibimos este resplandor, es Su misericordia. Necesitamos invocar a Dios por Su misericordia para que Su resplandor llegue a nosotros. Más aún, cuando venga la luz, ya sea que venga por medio de Su resplandor interno, por medio de Su palabra viva que nos habla o por medio de un miembro de Su Cuerpo, no la rechazamos.

En el libro *El conocimiento de la vida*, el hermano Lee nos brinda

cinco puntos con respecto a la manera de ser iluminados: “Debemos desear la iluminación”, “debemos abrir nuestro ser al Señor”, “debemos detenernos”, “no debemos razonar con la luz”, y “debemos vivir continuamente en la luz” (págs. 229-237). En lo que respecta a mantenernos abiertos para recibir la luz, la hermana M. E. Barber, quien ayudó mucho a Watchman Nee a cultivar su vida espiritual cuando él era joven, escribió una oración en su Biblia que decía: “Oh Dios, concédeme una revelación cabal e ilimitada de mí misma” (*The Collected Works of Watchman Nee*, t. 9, págs. 232-233). Ciertamente, ella era una persona muy profunda que anhelaba el resplandor del Señor.

“Venid [...] y caminaremos a la luz de Jehová”

Isaías 2:5 dice: “Venid [...] y caminaremos a la luz de Jehová”.

COMO LUZ RESPLANDECIENTE, LOS CREYENTES EN CRISTO, EL PUEBLO DEL REINO, SON SEMEJANTES A UNA CIUDAD ASENTADA SOBRE UN MONTE, LA CUAL NO SE PUEDE ESCONDER

Como luz resplandeciente, los creyentes en Cristo, el pueblo del reino, son semejantes a una ciudad asentada sobre un monte, la cual no se puede esconder (Mt. 5:14). Como la luz del mundo, corporativamente somos una ciudad asentada sobre un monte, la cual no se puede esconder.

Esta luz no se refiere al creyente como individuo, sino a una entidad corporativa, a una ciudad, edificada para resplandecer sobre las personas que la rodean

La ciudad es la luz; si no está la ciudad, no puede haber luz

Esta luz no se refiere al creyente como individuo, sino a una entidad corporativa, a una ciudad, edificada para resplandecer sobre las personas que la rodean (16:18). La ciudad es la luz; si no está la ciudad, no puede haber luz (Ap. 21:23-24).

*Si estamos divididos, jamás podremos resplandecer;
si hemos de ser una ciudad resplandeciente,
debemos guardar la unidad y permanecer
como una sola entidad, un Cuerpo corporativo*

Si estamos divididos, jamás podremos resplandecer; si hemos de ser una ciudad resplandeciente, debemos guardar la unidad y permanecer como una sola entidad, un Cuerpo corporativo (Ef. 4:1-6; 5:8-9). Es

por ello que estamos tan a favor de la unidad de la iglesia, que es la unidad del Cuerpo de Cristo. Siempre que haya división, no sólo desaparece la unidad, sino que también la luz desaparece.

*Si hemos de llegar a ser esta ciudad de luz,
es imprescindible que seamos edificados
como el Cuerpo de Cristo*

Si hemos de llegar a ser esta ciudad de luz, es imprescindible que seamos edificados como el Cuerpo de Cristo (Mt. 16:18; Ef. 4:16). Ser edificados con otros creyentes es el requisito supremo y más elevado que el Señor les impone a aquellos que fielmente le siguen, según la unidad divina de la Trinidad Divina (Jn. 17). Ser edificados junto con otros participantes de la vida divina es la virtud más elevada de aquellos que van en pos de Cristo conforme a la economía eterna de Dios (Ef. 2:21-22; Fil. 3:7-12). Que seamos edificados con los santos para que lleguemos a ser la ciudad resplandeciente asentada sobre el monte.

**En última instancia, la consumación de esta ciudad de luz
será la santa ciudad, la Nueva Jerusalén,
y “las naciones andarán a la luz de ella”**

En última instancia, la consumación de esta ciudad de luz será la santa ciudad, la Nueva Jerusalén, y “las naciones andarán a la luz de ella” (Ap. 21:10-11, 23-24).—M. C.

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE ISAÍAS

**Disfrutar a Cristo
como el retoño y el vástago a fin de crecer en Cristo
y como el pendón y el estandarte
a fin de propagar a Cristo
según el principio de la restauración de vida
con miras a un nuevo avivamiento
(Mensaje 7)**

Lectura bíblica: Is. 11:1-16

- I. Al estudiar Isaías 11:1-16, nuestro énfasis no recae en su cumplimiento en el futuro, sino en el principio de la restauración de vida; Isaías 11 describe la escena de un recobro, un avivamiento, una restauración—v. 1; He. 6:5; Hch. 3:19-21.
- II. Según el principio de la restauración de vida, nosotros necesitamos disfrutar a Cristo como un retoño que brota del tronco de Isaí y como un vástago de la raíz de Isaí—Is. 11:1-9; He. 6:5:
 - A. Cristo es tipificado por un retoño que brota del tronco del gran árbol de la casa de David, el cual había sido cortado hasta sus raíces; la venida de Cristo en Su encarnación como el retoño que brota del tronco de Isaí constituyó el avivamiento de la familia real de David, la cual había sido despojada y “cortada”—Rt. 4:17b; cfr. Is. 10:32-34:
 1. Según nuestros pensamientos, con relación a Cristo hay dos venidas, pero según el entendimiento de Dios, Él envió a Su Hijo una vez y para siempre; a partir del nacimiento de Jesús, Dios empezó a enviar a Su Hijo a la tierra, y esta acción de enviar aún continúa, y terminará cuando el Hijo del Hombre venga a la tierra públicamente—Mt. 24:27.
 2. El ir y venir de Cristo, Su manifestación, son algo continuo; a partir del momento de Su encarnación, Él comenzó a venir; luego, continuó Su ida mediante Su vivir humano, Su muerte, Su resurrección, Su ascensión, Su derramamiento del Espíritu consumado (quien es la realidad de